

A C T I T U D E S

POEMAS

Por VICENTE ENGUIX

La mano derecha borda
mientras la izquierda araña.

La mano diestra acaricia
mientras la zurda golpea.

Las dos manos son iguales,
las dos manos son distintas.

Las dos manos son las notas,
fusionadas, decididas.

La izquierda hace la postura,
la derecha el quiebro fino.

La izquierda se despereza,
la derecha rasca el círculo.

Las dos manos son iguales,
las dos son zurdas y diestras.

Las dos son enamoradas,
hijas del mismo destino.



Las láminas, dormidas en la mesa,
esperan la caricia mágica
que las libre del sueño prolongado,
como en el cuento el beso a la princesa.

Muchas veces intento decidido
acercarme furtivo sobre ellas,
pero al final me rinde su pureza
o mi escaso motivo.

Nunca supe, seguro, cuánto duran los sueños
ni si hay que despertarlos con un beso...

Dejaré mis palabras suavemente
fingiendo que son versos.



TU CARTA

Estreché con mis manos tu misiva
como se acuna un pájaro.

Tan sólo unos segundos de tu lado
para toda mi eternidad.

Y me puse a pensar y recordar
qué te pudo inspirar para escribirme
todas esas palabras
que no me canso de repetir.



En la trémula luz de la distancia
he sentido con ascua evaporada
mis pensamientos aún cercanos.

Aprecio las fisuras destiladas
por el paso del tiempo entre mis manos.

Mi inconstancia dispersa y vaporosa,
como razón de vida,
conforma los recuerdos de un presente
tras un velo diáfano.

Casi todos los ecos del pasado
rezuman taciturnos, esperando,
el desafío fugaz de mi memoria.

Casi todós mis sueños, aún soñados,
persiguen el espacio imaginario
que nunca les he dado.

Y sigo debatiéndome en las sombras
entre turbios y claros.



Aún vibran en el aire
de esta habitación
tus últimas palabras.
Aún resuenan profundas en mi alma.

Aún siguen reflejándose en la sombra
nuestros cuerpos alados,
y aún mis tímpanos el latido perciben
del sueño enamorado.

Aún mi memoria es fiel a todo esto.
Aún el cariño guardo en el recuerdo;
y sigue siendo dulce con el tiempo
porque sigo sintiendo amor.



Fragmentos sois de mí mis pensamientos
opúsculos en gris de lo que vivo;
reductos nigromantes del latido
que nacen o sucumben a ellos mismos.

Sois de mi ser amantes incansables
y sin la luz, mejor, desinhibidos,
me acorraláis sin tregua ni razones.

Sois de la niebla el velo
y de la flor el polen,
pues me dejáis ciego y fecundo
de excitantes visiones.



Era tan sólo ayer
y aún te ignoraba...
En mis sueños fantasmas
tal vez te imaginara.

Mi ser topaba el alba tembloroso e insomne.
Tu nombre aún me era anónimo.
Mi sentimiento eterno e inconcreto...
dibujando silencios en tu cuerpo.

La impaciencia era el fuego de mi vida
que consumía las noches y las horas...
Y ahora ya es un recuerdo
y no busco nostalgias en las sombras.



¿A dónde fueron las ternezas?
¿En cuál de las arrugas se esconde la juventud?
¿Dónde está el beso puro y nuevo?

¿Dónde está mi torpeza y dónde el fuego
para arrojar a él todas mis luchas?

¿Dónde está el equilibrio cimbreado
que sacude mi paz, mi propia huella?

¿Dónde poder hallar la llave del misterio
y respirar, siquiera, en el infierno?



Un arpegio de brillos refulgentes
en tu cabello van centelleando.

Elegiste por negro tu color
como quiso la noche su hermosura.

Sedoso y silencioso, sobrio;
discurriendo sin prisa por tu rostro,
detiene mi mirada, absorta,
ante ese natural del abandono.

Cuando el reflejo de la luna llegue
y entremezcle sirenas en tus sienas...

Cuando la tarde a tu cabello caiga,
como la escarcha al alba le sorprende,
quizás nada importante haya cambiado
pues sé que, de igual forma, he de quererte.



Furtivos peldaños de gastada piedra
descienden al agua,
se pierden en ella.

Las hojas del chopo de todos los años
dibujan el aire,
besan su reflejo.

Mis manos brillantes, por la linfa hueca,
resbalan las gotas
como hojas de otoño.

Mi rostro de espejo, en las ondas trémulas,
me sumerge al sueño,
me lleva al pasado.

